

tandó á su marido si el marinero se extralimitaba de los poderes que le habia conferido el patron.

— Hijo, se apresuró á decir D. Juan sancionando con su benévola sonrisa y sus palabras las de su mujer, tiene razon tu madre. Nosotros lo que deseamos es tu felicidad. Aunque sólo entiendo de letras de cambio, tengo por muy hermosas las que derraman la luz y el solaz por el mundo; pero si tu felicidad está en la profesion que á mí me la proporecionó, ¡cómo no he de ver con gusto que seas comerciante como tu padre!

Mari-Santa mandó á las muchachas que nos sirvieran el café y dijera á Chómin que viniese á tomarle con nosotros.

— Teresita, añadió dirigiéndose cariñosamente á la niña, Catulinda y sus hijitos te están llamando. Vete, hermosa, á darles de comer, ya que el café no te gusta.

Catulinda era una gata, muy amiga y protegida de Teresita, y tenía dos gatitos muy monos y muy engalanados con collaritos de cintas y cascabeles hechos por la niña.

— Mamá, contestó Teresita en tono de súplica, ¿no le dijiste á Chómin que tenía que contar alguna de las historias que él sabe?

— Sí, hija mia; pero ¿y si Chómin cuenta alguna de las historias de horrores de la mar que tanto te asustan? Véte, hija, á dar de comer á la pobre Catulinda, que te está llamando.

La niña se marchó saltando y respondiendo á la gata:

— Catulinda, ya voy á daros á tí y á los mininos manjar blanco.

No se me ocultó que Mari-Santa habia alejado del comedor á la niña temerosa de que Chómin hiciese alguna de las suyas, porque Chómin, cuando se ponía un poco alegre, aunque hablase en un locutorio de monjas, creía hablar en la cubierta del *La Virgen nos valga*, rodeado de sus rudos compañeros de glorias y fatigas, en una de aquellas serenas noches de mar bella y Noroeste en popa, en que los marineros, apoyados en la obra muerta, se cuentan mutuamente la novela de su vida, con la pipa en la boca, la vista en la inmensidad del mar y del cielo, y el corazon y el pensamiento en alguno de esos lugarillos que, como bandadas de gaviotas, blanquean sobre las rocas marinas, allá, ¡saben Dios y los marineros dónde!

XVII.

PRÓLOGO DE UNA HISTORIA.

Chómin, un poco cortado, apareció en el comedor acompañado de Ignacia, que traía el café. Saludámosle con un aplauso, que inició Mari-Santa, y animó al viejecito á sentarse al lado de la señora, conforme ésta le indicaba.

Mari-Santa señaló la alhacena á Ignacia, y ésta, comprendiendo al punto lo que deseaba la señora, sacó un tarro de ron y una copa mayor que las ordinarias de licores, y puso tarro y copa delante de Chómin.

Mari-Santa se apresuró á obsequiar al viejo, preparándole y sirviéndole el café con arreglo al gusto de Chó-

min, que la señora conocia á maravilla, y se reducía á sazonar el café con poca azúcar y mucho ron.

Á todos se nos vino á las mientes el romance

«Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido.»

— Chómin, ¿se ha descansado ya de la zambullida? preguntó D. Juan al viejo.

— Agujetas quedan todavía, señor amo.

— Es que la lucha fué porfiada.

— Y eso que la fiera no avanza de Portugalete acá más que una garrilla.

— Mala voluntad le tiene V.

— Ah, mala centella de Dios la tumbre, que malos ratos me ha dado en este mundo y en el otro, porque en América no me los ha dado mejores que en Europa!

— Pero diga V., Chómin, si tan mala opinion tiene usted de la mar y tanto la aborrece, ¿por qué se sube V. todos los domingos á Cobetas para verla?

— Yo se lo diré á V., señor amo. Cuando Cristo y San Pedro andaban por el mundo, Cristo notaba que San Pedro, á pesar de que tenía ya malas piernas, pues era ya viejo, se subía á todo vericuelo desde donde se descubría la mar. Cristo recordaba muy bien que San Pedro, como quien dice, habia sido marinero, pues habia sido pescador de agua salada; pero tambien recordaba que cuando se comprometió á dejar la mar de Galilea y los avíos de pescar para irse con él tierra adentro á predicar el Evangelio, le preguntó si dejaba con fe la mar, y le contestó: «¡Maestro, no la he de dejar con fe si estoy rabiando por perderla de vista!» Recordando esto, y vien-

dó que San Pedro se exponía á desnucarse por ver la mar, decia Cristo con mucha razon: «Ó este viejo se ha vuelto chocho, ó ha perdido la fe con que dejó la mar y los avíos de pesca, pues anda siempre por los vericuetos como las cabras, sólo por el pícaro gusto de ver la mar desde léjos», y preguntó á San Pedro por qué le gustaba tanto ver la mar.

— ¿Y qué le contestó San Pedro?

— San Pedro le contestó que le gustaba verla para excomulgarla, y lo mismo le contesto yo á V., señor amo.

Todos nos echamos á reir con esta salida de Chómin; pero Mari-Santa, cuyo sentimiento religioso no podia ménos de ser delicado, pues en su corazón lo eran todos los sentimientos, me dijo:

— Siento que no esté aquí el señor D. Francisco para consultar con él una duda que me ocurre al oír á Chómin y á otras buenas gentes del pueblo contar esos cuentos populares que V. va recogiendo, puliendo y encaminando á un fin moral y filosófico.

— ¿Pues cuál es la duda que esos cuentos despiertan en V.?

— Se la diré á V. con tanto más motivo, cuanto que supongo la habrá tenido V. tambien, la habrá consultado con personas competentes, y la habrá visto resuelta de un modo satisfactorio cuando no tiene escrúpulo en reproducir los cuentos sin despojarlos del tono familiar que emplean al contarlos las gentes del pueblo. En muchos de esos cuentos, como el que Chómin nos ha contado, intervienen entidades santas, de quienes se habla y á quienes se hace hablar en el lenguaje jovial y fami-

liar del pueblo, y no sólo sucede esto en los cuentos, sino tambien en los cantares populares, como sucede en éste que he oido cantar á las muchachas de casa :

« Á su amigo San Pedro
le dijo Cristo :
« Ahí te dejo las llaves ;
agur , Perico. »
Y éste contestó :
« Vaya usted descuidado ,
que aquí quedo yo. »

¿Será lícito este proceder?

— Señora, no se ha equivocado V. al suponer que he tenido la misma duda que V., la he consultado con personas doctas y piadosas, y la he visto resuelta satisfactoriamente. Un sacerdote piadosísimo y docto en materias teológico-morales, á quien consulté ántes de dar á luz un cuento de carácter popular titulado *Las dudas de San Pedro* (1); en que precisamente era uno de los interlocutores el glorioso príncipe de los apóstoles, y en sus santos labios se ponía el lenguaje familiar y anacrónico del pueblo, desvaneció mis escrúpulos diciéndome : « En nuestros escritores ménos sospechosos de irreverencia deliberada ó indeliberada, hay frecuentes ejemplos que justifican el proceder de V.; pero, además, le justifican otras razones de conveniencia moral y estética, siempre que el cuento popular se encamine á un fin bueno, ó cuando ménos no se encamine á un fin malo. Conveniencia moral : cuanto más sencillo, natural y verdadero es el lenguaje, más convencimiento y sentimiento produce

(1) *Narraciones populares*, Madrid, 1873, un vol.

en el que oye ó lee, y por consecuencia, más conduce al fin que se propone el que habla ó escribe. Conveniencia estética : el arte falto de verdad no es arte ni responde á utilidad alguna, y careceria de toda verdad el suponer al pueblo lenguaje distinto del único que conoce y de que se sirve. El axioma de que el fin justifica los medios será en muchas ocasiones especioso é inadmisibile ; pero en el caso concreto á que V. se refiere y en otros análogos en que el fin es bueno, los medios estarian justificados con el fin, aunque no lo estuviesen con otras razones.» El cuentecillo que ha contado Chómin podrá no encaminarse á un fin bueno ; pero se encamina á un fin indiferente, que es tanto como no encaminarse á un fin malo ; y por consiguiente, creo que ni á Chómin se debe castigar por haberle contado con privarle de apurar una buena copa de ron, ni á V. por haberle escuchado con privarla del placer de escanciársela.

— Si peco, dijo Mari-Santa alegremente llenando la copa de Chómin, Dios me perdone y nos perdone á todos.

Chómin, que acababa de dar el último sorbo al café y se disponia á encender un magnífico habano que D. Juan le habia alargado, desocupó la copa con delicia, y confesó que en la misma Jamaica, con ser Jamaica, no habia saboreado ron como aquél.

— Pero vamos á ver, Chómin, le dijo su amo, cuáles son las razones que tiene V. para excomulgar á la mar, aun sin sentirse, como San Pedro, predestinado al pontificado?

— Tambien se las explicaré á V., señor amo ; pero el cuento, aunque curioso, es largo...

— No importa, pues le irá V. pasando á tragos y cigarros.

— Bien lo necesitaré, señor amo, porque ademas de largo es amargo...

— ¿Amargo tambien?

— ¿Cómo no lo ha de ser si en él anda la fiera? ¡ Ah! ¡ mala centella de Dios la hunda!

— Cuente V., Chómin.

— Pues cuento con el permiso de VV., y sobre todo de la señora ama, que con ese corazon de Virgen de los Dolores que le ha dado Dios, va á pasar un rato de mil demonios.

XVIII.

EL HUEVO Y LA CASTAÑA.

El prólogo de la narracion de Chómin habia despertado vivamente nuestra curiosidad.

— Yo, comencé Chómin, naí y me crié en Santurce, y cuando empecé á tener uso de razon empecé á no pensar ni obrar razonablemente.

— ¡Qué comun es eso en el mundo! dijo con tristeza Mari-Santa, que, sin sospecharlo siquiera, era allí el más legítimo representante del buen sentido y del buen corazon.

— Á VV., continuó Chómin, les parecerá esto mentira; pero no lo es, como irán ustedes viendo.

Éramos dos hermanos que en las inclinaciones nos

parecíamos uno á otro, como el huevo y la castaña. Dirán ustedes que el huevo y la castaña son malos para comparar inclinaciones; porque no tienen ninguna.

— Es verdad, contesté yo, que era el que allí se daba más tono de filósofo.

— Pues V. ha de perdonar, D. Antonio, si no soy de su opinion; el huevo se inclina siempre á rodar, y la castaña se inclina casi siempre á estar quieta.

— ¡Este viejo, dije para mí, sin tener la noble franqueza de decirlo para los demas, es más filósofo que yo!

— Péru, que me llevaba dos años, se inclinaba como la castaña á no rodar más que lo indispensable, y yo me inclinaba como el huevo á rodar hasta lo supérfluo. ¡Así Péru no se estrelló ni estrelló á nadie, y yo me estrellé y estrellé á los pobres que tropezaron conmigo!

Al viejo se le saltaron las lágrimas al decir esto, y á Mari-Santa le sucedió lo mismo al verle llorar.

— Muchas veces subiamos Péru y yo á la cumbre del Sarántes, y sentados allí pasábamos las horas enteras contemplando la inmensidad de mares y tierra que desde allí se veia. Péru se embelesaba viendo los valles y las montañas, y yo viendo la mar. — ¡Mira, le decia yo á Péru, si tenemos en qué escoger para vivir y ser felices; tierra que se pierde de vista, y mar que se pierde de vista tambien! — Yo, contestaba Péru, escojo un rinconcillo de la tierra. — Pues yo escojo la inmensidad de la mar, decia yo. — ¿Ves, continuaba Péru señalando hácia los valles de las Encartaciones ó hácia los de la tierra Temprana, ves aquellas caserías dispersas y medio escondidas entre los árboles, en los regazos de los montes ó en

las colinas de los valles? Pues mira, yo me contentaría con que una chica que fuese muy buena, aunque no fuese muy guapa, me quisiese mucho y yo la quisiese mucho también, y nos casásemos y viviésemos juntos en una de aquellas caserías, y tuviésemos hijos muy buenos y muy hermosos, y nos quisiesen mucho todos nuestros parientes y vecinos, y trabajásemos todos en proporción á nuestras fuerzas, y ganásemos trabajando para vivir sin necesidades y dormir sin zozobras, y llegásemos á viejos, y muriésemos allí entre nuestros hijos y nuestros nietos, y cuando muriésemos nos llorasen y honrasen todos los que nos hubiesen conocido!—Pues yo no tengo tan mal gusto como tú, decía yo á mi hermano; yo lo que deseo es volar por esos mares azules en un barco ligero y blanco como las gaviotas, y ver otros mares y otras tierras y otras gentes, y ganar navegando mucho dinero, y casarme con una chica tan hermosa como Soledad, y hacer una casa muy hermosa y blanca en Campánzar ó Cabieces, para que se viese desde ella el mar, y desde el mar se la viese, y mandar hacer el barco más velero y gallardo que en los astilleros de Olabeaga y la Salve se hubiese hecho, y volver á volar en él por los mares, y luchar con las tempestades y vencerlas, y asombrar á las gentes de todos los puertos del mundo con la rapidez y el atrevimiento de mis navegaciones, y pasar once meses del año en mi barco y uno en mi casa, que sería el medio seguro de que mi mujer y yo fuésemos siempre recién casados. Esto decía yo á Péru, y Péru, no logrando convencerme de que yo pensaba como un loco, se entristecía y hasta se le humedecían los ojos.—Péru,

le decía yo, ¿por qué te entristeces y aún lloras? Y me contestaba:—Porqué pagarás tu locura con muchas tristezas y lágrimas, y lo que es peor, la pagarás con tristezas y lágrimas de tu mujer y tus hijos, que estarán inocentes de ella!

Leandro me miró con una tierna expresión de agradecimiento, que comprendí muy bien, y Mari-Santa dirigió á su marido una dulce mirada, que yo traduje de este modo: «Chómin pensaba verdaderamente como un loco. Pues qué, tú y yo, aunque llevamos cerca de veinte años de casados, ¿no nos queremos cada vez más, porque cada vez tenemos mutuamente más que recordar, más que agradecer y más que amar?»

Chómin continuó:

—Soledad era una niña casi de mi edad, hija de unos vecinos tan amigos de mis padres, que las dos familias casi formaban una sola. Entre las dos casas sólo mediaba una huertecilla, que era por mitad de las dos casas, y tenía un poco de jardín, que yo arreglaba desde chiquito, pues para eso me daba el naipe. Como las dos casas tenían puerta á ella, casi siempre estábamos en la huerta juntos. ¡Cuántas noches de verano, después de venir la gente de trabajar, uníamos las cenas y cenábamos las dos familias juntas en la huerta, á la luz de la luna!

Soledad y yo nos queríamos mucho desde chiquititos. Soledad no sabía estar sin mí; muchas veces me buscaba por todas partes, y encontrándome, al fin, en la dársena desafiando con un botecillo los *cachones* de agua que venían á reventar furiosos contra el muelle, y nos hacían bailar al bote y á mí como perinolas, me rogaba que

atracase el bote á la orilla, y aunque era miedosilla como las onzas de oro que siempre andan escondidas, se metía en el bote conmigo, y allí se estaba las horas muertas tan contenta, aunque á cada instante se considerase merienda de los peces. Á mí me sucedía poco ménos que á Soledad : en ninguna parte me hallaba sin ella al lado, á no ser que fuese en la mar, que era donde no echaba de ménos nada de este mundo, inclusa la misma Soledad, que era lo que más quería.

Ibamos los dos creciendo, como que teníamos ya cerca de catorce años. Un domingo, despues de misa mayor, bien me acuerdo, estaban los padres de Soledad y los míos sentados á la sombra de un cerezo ampollar que habia en la huerta, y habian plantado mi padre y el de Soledad cuando eran recién casados, justamente en el lindero, para que fuese de las dos familias y estuviesen las dos siempre unidas con algo más que la amistad. Yo me subí al cerezo y me puse á coger cerezas, que echaba á Soledad, y ella recogía aparando el delantalito.

— Me parece, dijo mi padre riendo al de Soledad, que vamos á ser consuegros.

— Lo que es yo no lo sentiría, contestó el padre de Soledad en el mismo tono, y añadieron placenteramente nuestras madres :

— Ni yo.

— Ni yo tampoco.

Soledad, como era tan inocente, no entendía lo que nuestros padres querían decir, y como me lo preguntase bajito cuando salté del cerezo, y yo se lo dijera, se puso más colorada que las cerezas que tenía en el delantalito.

Desde aquel día Soledad y yo empezamos á hablar de lo por venir, pero siempre en el supuesto de que lo por venir de uno habia de ser lo por venir de otro.

Sin saber ella misma por qué, se entristecía hasta llorar siempre que saludaban á los de tierra los que iban en la cubierta del buque que salía barra afuera y se iba alejando, alejando, hasta perderse en los confines del horizonte.

— ¡Cuándo querrá Dios que yo sea de esos que van mar afuera! exclamaba yo entusiasmado viendo al buque cortar el oleaje y alejarse cada vez más rápidamente.

Y al oirme, Soledad se asia á mi brazo temblorosa, y como que quería sujetarme, para que no abandonara la tierra por la mar.

Así fueron pasando tres ó cuatro años. Mi hermano habia casado con una chica baracaldesa, de quien estaba enamorado como un tonto, y allá, conforme se deja la vega y se toma el monte entre San Salvador del Valle y Retuerto, en una casita medio escondida entre parras, guindos, cerezos, melocotoneros y otra infinidad de frutales, vivían él y su mujer, sin duda muy felices, porque siempre estaban muy alegres, y cuando iban por Santurce y yo les hablaba de lo triste de su soledad, se echaban á reír, y mi cuñada, que era más cantadora que las malvices, y sabía más cantas que un estudiante de la tuna, me decía entre cantando y hablando :

No hay soledad en el mundo
para dos que bien se quieren,
porque donde están más solos
es donde están más alegres.

Mi sueño dorado continuaba siendo el mar, y poco á poco conseguí que Soledad no tuviera ya por vanos mis sueños. La pobre veía por mis ojos y entendía por mi entendimiento. ¿Cómo no la había de alegrar lo que me alegraba, y cómo no había de esperar en lo que yo esperaba y creer en lo que yo creía?

En ménos de un año se llevó Dios uno tras otro á los padres de Soledad y á los míos. Los dos lloramos mucho por ellos, y no parecía sino que el dolor nos hacia querernos más y buscar más el consuelo uno en otro.

Felizmente uno y otro habíamos heredado de nuestros padres una fortunilla, que juntándola y juntándonos nosotros en una casería como la de mi hermano, y haciendo lo que habían hecho nuestros padres y mi hermano y mi cuñada hacían, es decir, trabajar, no soñar con más mundo que el que abarca la vista, y contentarse hoy con un poquito ménos de lo que se ganó ayer, hubiera sido bastante para que hubiéramos llegado adonde han llegado mi hermano y mi cuñada, que era aquello que soñaba Péru en la cumbre del Sarántes, viendo los valles de tierra adentro, y yo tenía por tonto y de mal gusto, viendo la llanura azul é infinita de tierra afuera.

Por último, Soledad y yo nos casamos, y durante los primeros meses sólo pensamos en saborear la sal de la boda, ¡que juro á bríos nos sabía á rosquillas!

Chómin se detuvo, trocando de repente la alegría nacida de esta última idea en tristeza nacida, sin duda, de la idea subsiguiente.

— Señora ama, añadió esforzándose por ahuyentar aquella tristeza, ahora viene lo amargo de mi pesada

historia. Déme V. otro sorbillo de lo del tarro, para ver de endulzarla un poco.

Mari-Santa llenó la copa y Chómin la desocupó de un trago, miéntras todos, y particularmente su ama, le animábamos con afectuosas palabras á proseguir su relato.

Éste podrá ser pesado para otros, pero de seguro para ninguno de nosotros lo era, porque ninguno de nosotros dejaba de hacer aplicaciones allá en el fondo de su memoria y su corazón.

Cuando la palabra ó la pluma ó el pincel son intérpretes de la verdad, un poquillo de arte basta para arrancar un aplauso.

XIX.

SUEÑOS Y REALIDADES.

— Una tarde de verano subimos Soledad y yo á Campanzar y nos sentamos sobre unas ruinas. El sol, como una gran rueda de fuego, iba ya á hundirse en los mares del Noroeste, y todo el horizonte marino parecía con su luz un lago inmenso de oro y diamantes derretidos. Yo no sé qué soñé y vi allá hácia donde el sol se ocultaba, que comparado con ello me parecía sombrío y triste cuanto había más acá, incluso lo que más quería, que era Soledad.

Una mujer pasó por allí, nos dió las buenas tardes, se santiguó, tocó con la punta de los dedos las ruinas en